

PALABRAS FINALES EN EL ACTO LITURGICO DE LA CLAUSURA
DE LA
XVII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

PRONUNCIADAS POR EL R. P.
VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.

Amigos de la Ciudad Católica:

Las palabras finales de acción de gracias a Dios delante del Santísimo Sacramento, este año podemos formularlas con los términos propios de esta XVII Reunión: *armonía y dialéctica*, entendiéndolo aquí la *dialéctica* no como discusión o lucha, sino como *diálogo*, propio de la caridad, que es amistad, que es *redemptio*.

¡Gracias, Señor, por el diálogo armonioso que hemos practicado estos tres días!

Diálogo armonioso con Dios, que nos habla perennemente en su Verbo y perennemente se nos da como Don de Amor en el Espíritu Santo. Nuestra respuesta ha querido ser de fe cierta, de esperanza optimista y de caridad amplia, aunque sin condescendencias claudicantes. Y, como *amantis est cantare*, te damos gracias porque nuestra oración a Ti y a tu Santísima Madre pudo expresarse en canto bello y tierno.

Diálogo armonioso entre nosotros, porque procedió siempre en clave de sabiduría cristiana. El orden o armonía inmanente del hombre, de la sociedad y de la historia descansa en Dios, principio y fin de la vida de los hombres, cuyos pasos —que son sus ideas y afectos— no se escapan a su Providencia, concretísima y personal, en razón precisamente de su trascendencia. “En El vivimos, nos movemos y existimos” (*Hech. 17, 28*). El antropocentrismo hegeliano empequeñece al hombre y es incapaz de un juicio armonioso de la Historia. La dialéctica perfectiva o superadora de la mística

cristiana tiene perspectivas trinitarias: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt. 5, 48); "para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros" (Jn. 17, 21); "como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor" (Jn. 15, 9).

La armonía de la vida cristiana, que incluye contemplación y dinamismo perfectivo, podría verse sintetizada en una bella idea de Santo Tomás que quiero recordar ahora. Trata de explicar por qué los pacíficos serán llamados hijos de Dios (última de las bienaventuranzas evangélicas). Ello se debe —viene a decir él en la Suma Teológica y en el Comentario a San Mateo— a que la paz es la tranquilidad del orden, y el orden es el objeto y efecto propio de la Sabiduría. De ahí que la creación u ordenación primera y la redención o restauración del orden se atribuyan a la Sabiduría eterna o Hijo de Dios. De ahí que los que viven en paz y difunden la paz, que es el orden querido por Dios, que es la caridad, ofrezcan especial similitud con la Sabiduría eterna, con el Hijo de Dios, y merezcan por eso llamarse hijos de Dios. Redondeando esta misma idea, nos dirá que la paz, fruto del Espíritu Santo, efecto de la caridad, tiene su correspondencia en el don de la sabiduría. Ahí están las claves de la dialéctica armoniosa del cristianismo: Sabiduría-caridad-paz.

En el Oficio Divino de Vísperas de los días que preceden a Navidad, la antifona del *Magnificat* es una invocación al Hijo de Dios, contemplado en alguno de sus atributos. La primera, del día 17, se refiere a la Divina Sabiduría. Quiero recitarla, como despedida, delante del Santísimo:

"¡Oh Sabiduría!, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad, ven y muéstranos el camino de la salvación".